

DESTINO



## AVANCE EDITORIAL

¡Sé el primero en leerlo!  
En librerías desde el **2 de julio**

Facebook.com/edicionesdestino



@EdDestino



# I

Hacía más de media hora que el vagón se había vaciado por completo en la última estación importante antes de iniciar el ascenso a la montaña. El tren —no podía decirse que fuera de los más nuevos de la red— traqueteaba ladera arriba entre pasos impresionantes y estrechos desfiladeros que se abrían instantes después sobre panorámicas de profundos valles. En algunos tramos, unas redes de contención afeaban la agreste belleza de los desfiladeros por donde se sucedían los raíles. La nieve y el hielo lo cubrían todo. Parecía imposible que un simple tren pudiera estar avanzando en medio de semejante paisaje glacial. Katmandú no debía de ser muy diferente de aquello. O el fin del mundo. A Clara le inquietaba verse sola en el vagón, no le parecía normal. Había esperado la presencia de turistas camino de las varias estaciones de esquí de la zona. Pero no, ni rastro de esquís o de mochilas. A lo mejor la ausencia de gente se debía a que era lunes. El día estaba nublado y plomizo, y en la parte externa de los cristales se acumulaba la escarcha.

El traqueteo la mecía, acunándola. Se sentía tan cansada e inusitadamente débil que no pudo evitar adormirse durante un intervalo impreciso de tiempo, pasado el cual, sobresaltada, abrió los ojos y comprobó que el tren se había detenido. El desfiladero había quedado atrás. Un pasajero la había informado antes de apearse de que la siguiente estación era su destino, a unos veinte mi-

nutos. Atolondrada, recogió a toda prisa la mochila y el bolso, corrió tropezando hacia la plataforma, abrió la puerta y saltó al andén justo unos segundos antes de que el convoy reanudase su marcha. Lo vio partir, perdiéndose de vista tras una curva, y, sin motivo aparente, se sintió repentinamente abandonada y perdida. El frío era muy intenso a aquella altura y había sido tal su apresuramiento al descender del vagón que ahora se hallaba expuesta a la gélida temperatura sin anorak ni guantes. Los sacó de la mochila y se abrigó presa de escalofríos, pues tantos grados bajo cero la habían calado hasta el tuétano. Únicamente entonces se atrevió a echar un vistazo alrededor. Y fue en esos instantes cuando el alma se le acabó de desplomar.

El andén no era tal andén, sólo una breve extensión de una mezcla de tierra y hielo apisonados sobre restos de madera. La supuesta estación consistía en un reducido cubículo semejante a una caja de zapatos coronada por un tejado completamente enterrado bajo una capa de nieve. Se trataba de un tipo de construcción que ella ya había visto infinidad de veces en sus excursiones infantiles a lo largo de la línea ferroviaria de los Pirineos. La doble puerta tenía una hoja abierta y desvencijada. Se asomó y contempló una sala vacía con un banco adosado a una de las paredes y una taquilla cerrada. No había absolutamente nadie. Tampoco nadie se había apeado del tren, por lo que se encontraba angustiosamente sola, pequeña en medio de aquel grandioso paraje. Aturdida, empezó a creer que se había arrojado del vagón en un lugar equivocado. Quizá no había entendido bien las indicaciones del pasajero. Tal vez había estado durmiendo más rato del que pensaba. Fuera como fuese, parecía estar en el lugar equivocado, y era evidente que en aquel apeadero no pararía otro tren hasta dentro de bastantes horas.

Su hermano le había asegurado que no se preocupara por el transporte, que la estación se encontraba justo en

las afueras del pueblo. Según David, podría llegar a él caminando. Pero ¿cómo llegar a un sitio que ni siquiera veía? ¿Dónde narices estaba el pueblo? David lo había dispuesto todo: él había comprado el billete, había reservado la estancia en el hostel; había hablado con quien había que hablar a fin de que ningún imprevisto la echase atrás en su ya de por sí débil intención de desaparecer durante unos días. Probablemente debido a esta circunstancia, ahora se sentía desamparada, vulnerable e incapaz de tomar una decisión. Hacía demasiados meses que le organizaban la vida. De algún modo, había perdido la facultad de apañárselas por sí misma. Caminó hasta la esquina del edificio y contempló desalentada la ausencia total de personas y vehículos. Estaba en medio de ninguna parte, rodeada de espectaculares picos y crestas que apuntaban al cielo plomizo. Quedaba ya del todo claro que se había bajado en el sitio equivocado, tal vez algunas paradas después de la suya. Dios, ¿tanto había dormido? Entró en la sala y se acercó al panel donde debía figurar el horario de los trenes. ¡Perfecto! Los espacios destinados a reseñar las llegadas y salidas estaban en blanco, como si el apeadero se hallase fuera de servicio.

Comenzaba a evidenciarse que había cometido una tontería al emprender aquel viaje. No había sido una buena idea planear sus breves vacaciones lejos de casa, lejos de la seguridad acolchada del hogar, lejos de las personas que, en un momento u otro, podían echarle una mano y ayudarla. Debería haberse quedado y descansar allí. A partir del instante en que se había subido al tren, la sensación de encontrarse muy sola la había aplastado y, a pesar de la aversión que le producía admitirlo, semejante situación la asustaba, y mucho. A veces, el día a día resultaba tan duro, tan frustrante y agotador, que de no haber contado con su hermano, con sus padres y con los amigos que la respaldaban se hubiera venido abajo sin remedio. Se dijo que con unas vacaciones se vería redimida de las ocupaciones cotidianas que la mantenían en un estrés

constante. Pensó que no iba a suceder nada malo, que debía confiar en David. Él jamás le había fallado. No podía ser que se estrenase precisamente en esas circunstancias tan especiales. Había aceptado pasar unos días sin la familia, apartándose de todo y de todos cuando más afligida se sentía, cuando menor era la confianza que tenía en ella misma. Redescubrirse era vital. Necesitaba estar sola pero, paradójicamente, la soledad que estaba anhelando la aterraba. La carga de tener que demostrarse y demostrar que era capaz de manejarse como antes ya estaba resultando demasiado pesada, y aquello era sólo el principio. Era la primera vez que viajaba tras el accidente y las expectativas no parecían halagüeñas en absoluto.

No hacía más de veinte horas que había dejado a su hija en el autocar que la conduciría junto con otros niños a las colonias del colegio y ya la añoraba. Era también la primera vez que se separaban en más de año y medio, y la duda que la mortificaba acerca de si había actuado bien permitiéndole ir, aun en contra de la voluntad de Carlos, continuaba fustigándola sin piedad. Había tenido que ocultarse tras el autocar para que Belén, a quien en esos momentos aupaban para acomodarla en uno de los asientos, no la viera llorar. ¿Se divertiría? ¿Sabrían cuidar correctamente de ella monitores y maestras? ¿Podría la niña soportar la amargura de sus limitaciones, o esa amargura era sólo suya por saberla limitada? David había prometido ir a buscarla si hubiese algún problema, regresaría de Albacete si era necesario. Él defendía con uñas y dientes el derecho de su sobrina a volver a subirse al carrusel de la infancia, intentando vivir con la mayor normalidad, reinventando maneras de moverse, acomodando habilidades. Clara se lo agradecía de todo corazón, pero se había quedado sin fuerzas para secundarlo. Estaba rota de agotamiento, no sólo físico sino también psicológico. Había sido un eterno año y medio sin alejarse de su hija, cuidándola, luchando por ella, haciendo de

tripas corazón, inventando para ella la ilusión de vivir. Trató de sonreír, pero la sonrisa se le rompía en los labios como un pedacito de hielo quebradizo.

Volvió al exterior y procuró serenarse mientras revisaba las posibles soluciones. Estudió con detenimiento cuanto la rodeaba en busca de algo que la sacara de aquel embrollo. Por detrás del apeadero, una carretera serpenteaba entre abetos hasta perderse montaña arriba y, en consecuencia, aunque desde allí no podía verlo, supuestamente después, montaña abajo. Al otro lado de las vías, distinguió a lo lejos y muy al fondo un pueblecito de casas de piedra. Si ése era el que andaba buscando ya podía echarse a temblar, porque por Dios que no estaba cerca. Por encima de su cabeza, majestuosa y blanca, aparentemente próxima, se alzaba la cumbre del pico más elevado de la cordillera, o al menos eso creía ella en su total ignorancia del entorno. Y nieve, nieve y hielo por todas partes, tanta nieve y tanto hielo que, de haberlo imaginado, jamás habría aceptado ese destino. De nuevo la ahogaron las ganas de llorar. Sentía un frío irracional nacido de la desesperación. Se encontraba mal, peor según pasaban los minutos, incluso algo mareada, y mortificada por unos calambres intermitentes en el abdomen. Tragó saliva con dificultad. No sabía qué hacer. Se veía incapaz de echar a andar carretera arriba o abajo sin tener la más mínima idea de dónde se hallaba. Sacó el móvil y, aun comprobando que no había cobertura, redactó un angustioso mensaje dirigido a su hermano. Se mordió el labio inferior, gesto que desde pequeña, a juicio de quienes la conocían, denotaba siempre en ella un frágil estado anímico. En cuanto sus padres la sorprendían callada y mordisqueándose el labio, percibían que algo sucedía o que algo estaba a punto de ocurrir.

Carlos se moriría de risa si pudiera verla en semejante apuro. Vaya si disfrutaría. Según él, su exmujer era una nulidad a la hora de planificar y organizar cualquier asunto que no estuviera directamente relacionado con las

tareas domésticas. No creía en absoluto que fuera eficiente en lo que él tildaba de ridículo trabajo, por mucho que los hechos le demostrasen día a día lo contrario, y estaba convencido de que no podría cuidar correctamente a la niña, aunque él mismo eludiera ambas obligaciones, desentendiéndose de todo lo que no tuviera relación con hipócritas exhibiciones públicas de familia feliz. Carlos no perdía ocasión de vilipendiarla, la asfixiaba con el tremendo peso de la culpa, esgrimiendo ante ella el horror del futuro que aguardaba a la niña. Recalcaba hasta machacarla que acabaría demostrándose su incapacidad para ocuparse de ella. Sin embargo, durante los siete meses que Belén había pasado en el hospital, Carlos se había comportado como un miserable, evitando ver a su hija mientras la pequeña estuvo en coma, escudándose en el dolor que le producía contemplarla en aquel estado. ¿Acaso ella, su madre, no sufría? ¿Acaso no estaba destrozada por dentro y por fuera, con el cuerpo lleno de heridas y magulladuras, además de llevar un collarín y tener una pierna escayolada? ¿Quién había pasado noches enteras en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos? ¿Quién apenas se había movido de la habitación en los cinco meses subsiguientes al coma?

Al principio, cuando Belén empezó a recuperarse, Clara temió que su exmarido le arrebatara la custodia de la niña, advertencia con la que la atormentaba un día tras otro. Tardó en comprender que Carlos jamás cumpliría sus amenazas. Nunca podría convivir con una niña parapléjica, nunca se la impondría a su flamante nueva esposa. ¡No había tenido ningún reparo en organizar una boda por todo lo alto aun teniendo a su hija postrada en un hospital! Ajeno a lo que de su propia actitud se infería, él continuaba inmerso en su campaña contra Clara, minando su autoestima, vertiendo en su alma el veneno del remordimiento. Ella era la única culpable de la tragedia que vivía la niña, y jamás perdía ocasión de recordárselo. Algunas veces, por mucho que la psicóloga, su her-

mano y los amigos se enfadasen con ella, la tentaba la idea de hacer suya la máxima de su exmarido de que apenas valía para nada más que llevar la casa. Nunca volvería a ser la Clara activa, segura y emprendedora que fue antes del accidente. Nunca. Era tan difícil luchar contra los escollos que se interponían diariamente en su camino... Abatida, sintiéndose cada vez peor, se sentó sobre la mochila, ocultando la cara entre las manos enguantadas. Tenía que concentrarse y dar con una solución. No podía quedarse paralizada de aquel modo, esperando que cayera la noche.



## 2

Reaccionó al percatarse de que estaba temblando y de que apenas sentía los pies, tan fríos y entumecidos los tenía. Dos témpanos dentro de las botas. Se había abstraído demasiado. Incorporándose con dificultad, cogió la mochila medio aplastada y se la colocó a la espalda. Golpeó el suelo con energía a fin de proporcionar algo de calor a sus doloridos pies, y con ello sólo consiguió que le dolieran más todavía. El mareo había ido en aumento pero no le iba a impedir caminar. Porque eso era lo que se disponía a hacer: caminar, caminar hasta llegar a alguna parte, y el sentido común le indicaba que saliese a la carretera para dirigirse montaña abajo. Desde donde se hallaba sólo se divisaba un pueblo y, por muy lejano que se le antojase, constituía una referencia concreta. La única. Por consiguiente, se agarraría a ella con uñas y dientes. Era su tabla de salvación. ¿No se trataba de demostrar que tenía armas y recursos para cuidar de sí misma? Bien, pues lo demostraría. O cuando menos lo intentaría. Teóricamente contaba con un par de horas antes de quedarse sin luz, con permiso del cielo, que se encapotaba más y más a cada instante. Aquel detalle la inquietaba. Su experiencia a la hora de aventurar previsiones meteorológicas era nula, pero la opacidad blanquecina bien podía preconizar una nevada. La sola idea bastó para ponerla en movimiento. Si se apresuraba, alcanzaría las proximidades del pueblo antes de la noche, o quizá alguien pu-

diera socorrerla por el camino; quizá pasara algún coche que la podría acercar hasta el hostal.

Echó a andar con unos pies torpes y doloridos que parecían pertenecer a otra persona. El viento la azotó. Se le ocurrió que aquello parecía más una pista forestal que una carretera. La nieve, compactada en la calzada, se acumulaba en los márgenes, y placas de hielo orillaban el camino en los puntos orientados al norte. Debía poner la máxima atención para no resbalar. A medida que descendía, el escaso bosque de abetos iba convirtiéndose en otro más espeso de hayas y quejigos, y la sensación de frío aumentaba debido a la frondosidad del hayedo. También el viento reforzaba sus embates y la hacía tambalearse mientras barría la nieve de un lado a otro de la pista. A Clara le parecía estar andando sobre una cinta caminadora en la que el esfuerzo no servía para recorrer metros sino para malgastar en vano la poca energía que le quedaba. Ya no prestaba atención a donde pisaba y resbalaba constantemente. Como si no se moviera de sitio, siempre los mismos árboles, siempre los mismos recodos, siempre idéntico pedazo de cielo sobre su cabeza entre las ramas. Y aquella vasta soledad. Su estado de aturdimiento era considerable.

No se daba cuenta de que no eran los mismos árboles, ni de que comenzaba a neviscar; ni siquiera de que había abandonado el camino principal adentrándose en otro secundario mucho más estrecho y cubierto de nieve. No se oía nada aparte del viento soplando entre las ramas. Un vacío inmenso, un silencio infinito envolviéndolo todo, como si una losa descendiera desde el cielo para sellar la entrada de la tierra. Clara estaba encerrada en una burbuja, entre telarañas de mareo, sumida en un cansancio indefinible, repentinamente débil, como si toda la fortaleza derrochada en los meses anteriores se hubiese desintegrado durante el viaje. Caminar, caminar, caminar. Un paso y otro paso y otro más. Adelante, adelante. Llegar al maldito pueblo, meterse en la ducha bajo un

chorro de agua caliente, y dormir y dormir hasta que el cuerpo y la mente la expulsaran de la nada del sueño. Jras, jras, jras. La nieve crujiendo a cada pisada. La mochila pesaba horrores, las botas pesaban horrores, la soledad pesaba horrores. Cualquier montículo le exigía un tremendo esfuerzo hasta que conseguía coronarlo. ¿Por qué costaba tantísimo caminar? ¿Por qué los pies se le hundían de aquella manera casi hasta las rodillas y se le agarrotaban los músculos de muslos y pantorrillas? Apenas podía mover los dedos dentro de las botas, que se iban llenando de nieve. La cojera, que en la ciudad suponía una leve molestia, alcanzaba proporciones de estrago en esas condiciones, pues le impedía la marcha normal y le provocaba un dolor agudo en la rodilla.

Fue ese mismo dolor el que la mantuvo en un mínimo contacto con la realidad, uniendo su conciencia con el entorno mediante un hilo tan frágil que cualquier sacudida podría quebrarlo. De no haber sido por él, y por la cellisca que desde hacía unos minutos hostigaba su cara, no habría vislumbrado la casa que se acurrucaba resguardada del viento contra una pared de piedra en medio del hayedo. No la habría visto porque se desplazaba ya como sonámbula en un entorno desconocido. Tropezó, cayó, y le pareció una eternidad el tiempo que empleó en incorporarse, sobre todo porque no comprendía muy bien la necesidad que tenía de levantarse de allí. Avanzó unos pocos pasos más y se detuvo, incrédula, contemplando lo que tenía a escasos metros como si de un espejismo se tratase, dispuesta a concederle la atención que se les presta a éstos cuando realmente se sabe que lo son. Una casa parecida a la de muchos cuentos, a esas que todos los niños dibujan: cuadrada, con un tejado de pizarra negra a dos aguas, la chimenea humeando y ventanas de madera a cada lado de un porche con rejilla en el suelo, destinada a absorber la nieve del calzado. ¿Cómo podía distinguir todos esos detalles si estaba prácticamente oscuro? La cellisca cobraba virulencia, conver-

tida en diminutos cuchillos de hielo que se metían en los ojos y se clavaban en la piel. Pronto sería imposible ver nada. La nevada y el crepúsculo apagarían cualquier atisbo de claridad.

Pero allí delante brillaba una luz potente. Clara se tambaleó a punto de desplomarse de nuevo, empujada por una glacial ráfaga de viento. Estaba exhausta. Ignoraba el tiempo que llevaba caminando, ya no podía más; su resistencia había colmado los límites. No había parte de su cuerpo que no le doliera, aunque más le preocupó constatar que alguna otra ni siquiera la sentía. A cada inspiración, espadas de hielo se metían por su nariz y boca, haciendo de la respiración una gesta titánica. Jadeaba, y cada jadeo era un gemido. Se derrumbaría allí mismo si no descansaba y vencía el frío que se apoderaba de cada una de sus células. ¿Y por qué no? ¿Por qué no tumbarse en aquel blando colchón y dormir? Era una idea maravillosa. Tenía tanto sueño y estaba tan cansada... Sí, era una idea maravillosa lo de tumbarse y dormir. Se reconvino en silencio, pero lo hizo desde alguna parte muy remota de la percepción de su estado. En un gesto instintivo, se frotó los ojos, que le ardían, reparando apenas en la punzada de dolor que sintió en el izquierdo. Una casa, allí delante había una casa, sin duda. No estaba en el desierto, deslumbrada por la luz cegadora del sol. No estaba alucinando, aunque poco le faltaba. Era una casa de verdad. Un refugio. Un lugar donde cobijarse de aquel frío inclemente. ¿Lo era?

Volver a moverse resultó tremendamente doloroso y, sin darse cuenta de ello, emitió un quejido. Echó a andar guiada por la fosforescencia natural de la capa de nieve, que dibujaba una banda visible entre los árboles. Despacio, con la pesadez de los miembros entumecidos y la lentitud del agotamiento, se acercó al claro y a una de las ventanas. Clara pegó la nariz al cristal y se dispuso a fisgar en el interior de la vivienda. Lo veía todo distorsionado por una neblina, desenfocado, carente de nitidez. Dentro,

de espaldas a ella, alguien estaba sentado a una mesa, con las manos en movimiento. Un bulto difuminado sin sexo ni tamaño. Un fuego chisporroteaba en una chimenea, a un lado de lo que debía de ser una sala o un comedor. Todo allí parecía acogedor, en contraste con el calvario de frío que la asediaba, de pie en medio de la nevada. La promesa de descanso y calor reconfortante la seducía como un canto de sirena y, sin embargo, no se veía con fuerzas para llegar al porche y pulsar un timbre, si es que lo había.

Golpeó el cristal, pero el golpe sonó sordo y débil, amortiguado por la blandura del guante. Se lo quitó y, con puño urgente y helado, volvió a aporrear la ventana. El dolor en los nudillos se expandió por su brazo hasta el hombro. Golpeó y golpeó, dos, tres y hasta cuatro veces, aplicando más intensidad en cada intento. Nada. Quien fuese que estuviera en esa mesa hizo caso omiso de las llamadas. Ni un gesto, ni un leve sobresalto. Quizá la ventana era aislante y estaba provista de cristal doble con cámara. Quizá por eso desde dentro no llegaban a escucharse los golpes. Tal vez el crepitar del fuego sumado al silbido del viento atrapaba cualquier otro sonido y lo alejaba del interior de la casa. Clara extrajo del bolso un manojo de llaves y con ellas reinició la tarea de llamar la atención. De nuevo sin resultados. Las llaves pesaban mil kilos en su mano ya insensible.

—¡Eh, por favor! —gritó, y el grito quedó suspendido en el aire, acolchado y acunado entre lo que ahora eran grandes copos de nieve—. ¡Eh, oiga! —probó una vez más, acosada por el mareo que le nublabla la vista—. Será imbécil... No puede ser que no me oiga, no puede ser...

Clara se desesperó ante la inmutabilidad de aquel sujeto. Con los últimos resquicios de conciencia por los que todavía podía filtrarse alguna determinación, decidió dirigirse al porche y tratar de encontrar un timbre o de franquear ella misma la entrada. No tuvo tiempo. El mun-

do acabó de desdibujarse ante sus ojos y un vacío aterrador se abrió bajo sus pies. Antes de apoyar la mochila en el alféizar para intentar sostenerse, creyó oír un ladrido y la invadió el miedo de ser atacada por un perro salvaje. Luego, nada más.